



Juan Pablo Villalobos, *Yo tuve un sueño. El viaje de los niños centroamericanos a Estados Unidos*

(Barcelona, Anagrama, 2018, 152 pp. ISBN 978-84-339-2620-3)

por Ana Sagi-Vela González

“... yo todavía tengo un sueño. Es un sueño arraigado profundamente en el sueño americano”, decía Martin Luther King en su célebre discurso durante la Marcha en Washington en 1963. *Yo tuve un sueño* es el título con el que Juan Pablo Villalobos presenta las historias de diez niños centroamericanos que emigran a Estados Unidos en busca de sus sueños en el siglo XXI. Sueños todos cuyo eco clama una vida digna.

Entre 2009 y 2012 cientos de menores migrantes llegaron a la frontera sur de Estados Unidos. El pico de llegadas se produjo en 2014, cuando cerca de setenta mil niños cruzaron solos la frontera, lo que desencadenó una crisis humanitaria. En ese contexto, Juan Pablo Villalobos (Guadalajara, 1973) fue invitado por el editor de una publicación digital para que contara lo que estaba pasando en la frontera. Ese sería el germen del proyecto. Tras la publicación de un reportaje basado en las entrevistas a dos de estos muchachos, su editor estadounidense le propuso escribir un libro. El resultado es este conjunto de cuentos breves que escribe con la intención de contar en clave literaria, no periodística –remarca el autor en diversas entrevistas– qué está pasando con esos niños. Los relatos se inspiran en las entrevistas que sostuvo con sus protagonistas en junio de 2016. Gracias al apoyo de ONG y abogados de migración,



pudo entrevistar a algunos de estos niños y adolescentes en las ciudades de Nueva York y Los Ángeles. Villalobos se apropia de sus historias y las transforma en material literario. En este pasaje el autor desaparece para dar voz a quienes no la tienen.

La obra recoge diez relatos protagonizados por cinco niños y cinco niñas de diez a diecisiete años, procedentes de Honduras, El Salvador y Guatemala, que cruzaron la frontera norte de México entre 2011 y 2014. Todos los relatos, excepto uno, están escritos en primera persona: cada niño cuenta su propia historia. De esta manera pretende provocar empatía en el lector, en especial en un público joven, por ello la lectura de su versión en inglés –*The Other Side: Stories of Central American Teen Refugees Who Dream of Crossing the Border*– se promueve en escuelas estadounidenses. Asimismo, con la omisión voluntaria de datos coyunturales, la obra trasciende el ámbito geográfico y temporal en que se inscriben los relatos y adquiere un carácter universal.

Juan Pablo Villalobos, una de las figuras más destacadas de las letras mexicanas en la actualidad, perfila un retrato humano de la migración sin caer en el melodrama ni en la morbosidad en la que se recrean con frecuencia los medios de comunicación, las ficciones televisivas y cinematográficas y también, como no, la literatura. El humor irreverente de sus novelas anteriores¹ se disipa para afrontar, con toda su crudeza, uno de los dramas menos comprendidos de las últimas décadas (a juzgar por los virulentos discursos que deslegitiman el derecho de quienes se ven obligados a desplazarse desde sus países de origen). En *Yo tuve un sueño* la comicidad delirante con la que el autor trataba lo trágico en su obra precedente se transforma en un ejercicio honesto de creación literaria para encontrar las voces con que narrar la desolación. Una mirada pudorosa a una realidad que da pavor. Aunque es también una historia de coraje, de determinación y de esperanza. En la breve descripción que el autor hace de los protagonistas al final del libro descubrimos que al menos una parte de sus sueños se ha hecho realidad: todos los niños que cuentan sus historias viven actualmente en Estados Unidos con su madre, de la que se separaron cuando esta migró, o con algún otro pariente.

El éxodo hacia el sueño americano no ha cesado. La mayoría de las personas que hoy día tratan de pasar la frontera de Estados Unidos sin documentos llegan del llamado Triángulo del Norte (Guatemala, El Salvador y Honduras), considerada una de las áreas más violentas del mundo. De ahí que desde diferentes organizaciones de defensa de los derechos humanos se exija que sean considerados refugiados, no migrantes. Este es el escenario donde se gestan los sueños, del que ofrece un panorama catastrófico el periodista Alberto Arce en el epílogo. Si Valeria Luiselli en *Los niños perdidos (un ensayo en cuarenta preguntas)* describía el laberíntico proceso legal para poder evitar la deportación de los jóvenes migrantes desde su experiencia como intérprete en la Corte

¹ 'Tríptico de los dedos', su trilogía crítica sobre México –*Fiesta en la madriguera* (2010), *Si viviéramos en un lugar normal* (2012), *Te vendo un perro* (2015)– es un logrado y muy personal homenaje al humor de Jorge Ibarguengoitia. Por su cuarta novela, *No voy a pedirle a nadie que me crea*, una parodia del género de autoficción, recibe el Premio Herralde de Novela en 2016 y reafirma al autor como brillante exponente de la narrativa satírica y del absurdo. Su última novela, *La invasión del pueblo del espíritu* (2020), describe un crisol de personajes y situaciones para tratar el miedo a ser invadidos. Su obra, toda publicada en Anagrama, ha sido traducida en más de quince países.



Federal de Inmigración en Nueva York, Villalobos se centra en sus voces, en la misma narración de lo que han vivido antes, durante y después del viaje.

“Este es un libro de no ficción –apunta el autor en una nota preliminar–, aunque emplea técnicas narrativas de la ficción para proteger a los protagonistas” (11). De este modo advierte que lo narrado implica algún riesgo para quien lo cuenta. Las diferentes historias, cada una centrada en una parte del viaje, darán forma a los peligros reales, no ficticios, con los que se enfrentan estos niños (explotación, violencia, extorsión). Algunos de los nombres elegidos con acierto por Villalobos para mantener el anonimato de los muchachos (Kimberly, Dylan, Kayla, Kevin) reflejan el gusto por los nombres de origen anglosajón en la América hispana, lo cual ya es indicio de donde se pone la mirada cuando un niño viene al mundo, adonde se dirigen los sueños.

El volumen lo abre la conversación telefónica entre un agente migratorio y una mujer guatemalteca que anticipa de forma dramática las circunstancias por las que estos niños emprenden su viaje. Le siguen las diez historias que, como un rompecabezas, construyen la visión completa de un viaje desesperado: los motivos, el desarrollo y el desenlace. Así, cada relato dibuja diferentes escenarios del mismo viaje que se repite: la violencia y la coerción de pandillas en sus países que les hace huir (“a mi abuelita la mataron los mareros porque ya no quiso seguir pagando [...] también mataron a mi tío. Por eso mejor nos venimos”, 68-69); el crimen organizado que convierte el viaje en pesadilla y a México en el mayor temor (“Yo estaba un poquito con miedo de que me pudiera pasar algo en el camino. Lo que más me daba miedo era México. Las cosas de los cárteles, cosas así”, 81); los centros de detención de menores y los albergues de acogida ya en suelo americano donde los niños, antes de reunirse con sus familias, intercambian sus temores, sus vivencias, sus sueños (“Yo estoy seguro de que [aquí] no me van a tratar así”, 78; “Mi sueño siempre ha sido estudiar, ser alguien grande, no así famoso, pero poder sobrevivir”, 109).

La razón que lleva a un niño a afrontar los riesgos de un viaje del que no tiene garantías de salir con vida la explica Nicole refiriéndose a su hermano Kevin en “Prefiero morirme en el camino”: “decía siempre que prefería morirse en México a que lo mataran en Guatemala” (69). El final del relato, el único escrito en tercera persona, presagia el horror sin necesidad de nombrarlo: “El hombre sostuvo el volante con fuerza, presionó el acelerador y la camioneta se perdió en la noche mexicana” (71), dejando al lector el destino de los dos hermanos. Cuando ir a la escuela es un peligro no queda otra que escapar: “Por eso yo decidí no ir más al colegio, porque tenía miedo” (25).

El viaje se realiza en etapas (alguna de las cuales se prolongan más de lo esperado), a pie, en autobús, camioneta, tráiler o pickup, en lancha, a nado o a lomos de la ‘Bestia’, como se conoce la línea comercial de ferrocarril que une las fronteras de México, asediada por bandas criminales y uno de los medios de transporte utilizado por los migrantes centroamericanos en su paso por México hasta la frontera norte. Los paisajes de este viaje son muchos, a menudo amenazantes: el río (“Escucho al río en la oscuridad que va muy fuerte, muy fuerte, como una persona muy enojada y muy mala”, 99), el desierto (“pasaba el tiempo y nada, solo el calor y el sol que quemaba”, 44); así como los seres que los habitan: “y casi se lo come un cocodrilo” (86); “Mi primo no le tenía miedo a las culebras y decía que no habíamos escapado de los mareros para morir por el



veneno de una culebra" (47). En el relato de Alejandro las culebras son metáfora del mal: hay culebras en el desierto, en la mirada de los federales, en la cabeza de su papá alcohólico, en los tatuajes de los mareros y hasta los Zetas tienen culebras, en el corazón. La etapa final, ya en el país de los sueños, inicia en un lugar gélido y abarrotado, donde acechan las pesadillas del viaje. La 'hielera', los centros de detención para los migrantes recién llegados, es el escenario de "Voy a dormir un ratito yo", relato que Villalobos coloca al principio del libro y cuya segunda lectura, después de conocer el resto de la historia, provoca más aún desolación y rabia.

Mientras en su anterior novela, *No voy a pedirle a nadie que me crea* –ambientada en la Barcelona donde el escritor reside desde 2003–, reivindicaba un territorio de nadie en su uso del lenguaje como huella de su propia existencia migrante (Mas de Xaxàs y Soler), en estos relatos es fundamental resultar creíble, pues no se trata de ficción. Así, el cuidado tratamiento de la lengua, que presta atención a las variedades del español, a los modismos y particulares léxicas de los países de los narradores, pero también del grupo social que la maneja, sumerge al lector de la obra en el mundo que retrata. El habla popular y la jerga de los pandilleros inunda el relato "El otro lado es el otro lado", escrito desde la perspectiva de un miembro de la pandilla Barrio 18, enemiga acérrima de la poderosa Mara Salvatrucha 13. En su redacción el autor contó con la asesoría lingüística de dos periodistas salvadoreños, César Fagoaga y Carlos Cañas Dinarte, reproduciendo con viveza los diálogos por medio de expresiones coloquiales ('¿Quihubo, cabrón?', '¿Tás sordo?', 'Loguá hacer', '¿adónde vas tan san vergón?') y un gran número de vocablos cuyo significado se aclara en un glosario al final del libro: escuadra (pistola), ir san vergón (mostrarse indiferente), socado (el que se hace el sordo), chivazo (donnadie), bolado (tarea escolar, recado), chero (amigo), jaina (novia de pandillero).

Con relación a la elaboración de los testimonios recogidos durante las conversaciones con los jóvenes, el autor insiste en su interés por mantener en los relatos las digresiones e incongruencias de sus discursos: "Es un error buscar una lógica narrativa, porque así lo vivieron y ese es su valor" (Néspolo).² De esta forma, Villalobos utiliza la manera de narrar de los protagonistas como recurso literario y reconstruye las historias con veracidad y eficacia. Sus dos primeras novelas, narradas en primera persona por un niño (*Fiesta en la madriguera*) y por un adolescente (*Si viviéramos en un lugar normal*) ya daban cuenta de la habilidad narrativa del autor para reproducir esa voz infantil sin perder calidad literaria. "Ahí estaba mi trabajo, en la sintaxis, el tono, el vocabulario. Escuchaba mucho las entrevistas para ir captando esto, para identificar frases que me permitieran anclar el relato. [...] y a partir de ahí realizar una tarea de montaje" (Peguero). Algunas de esas frases esenciales dan título a cada historia; frases que los niños dijeron durante la narración y condensan la experiencia del sueño: "Era

² Esta impresión es la misma que describe Luiselli del proceso de redacción de *Los niños perdidos*: "El problema es que las historias de los niños siempre llegan de manera revuelta, llenas de interferencias, casi tartamudeadas. Son historias de vidas tan devastadas y rotas, que a veces resulta imposible imponerles un orden narrativo" (15-16). En su caso, al contrario que Villalobos, se trataba de dar un orden lógico a un relato que discurría de manera confusa y a trompicones para armar un discurso coherente con el que poder evitar la deportación de los niños.



como el algodón, pero cuando lo toqué era puro hielo”, dice Dylan al ver la nieve por primera vez.

Su forma de contar lo sucedido nos recuerda que son niños quienes hablan, aunque resulte atroz lo que están contando. El escritor esconde de forma sutil lo truculento de estas historias no por eludir la verdad, sino por sensibilidad hacia los testigos. Las violencias se vislumbran en los silencios, en las elipsis, en el continuo dolor de cabeza de Abril. Esta es la historia de los niños que tuvieron un sueño, vivir de manera digna, sin correr peligro por ir a la escuela o hacer la tarea en la casa del amigo que vive en el barrio por el que no debía pasar; un sueño, llegar al norte, por el que es necesario vivir un mal sueño.

BIBLIOGRAFÍA

Luiselli, Valeria. *Los niños perdidos (un ensayo en cuarenta preguntas)*. Sexto piso, 2016.

Mas de Xaxàs, Xavier y Jordi Soler. “Juan Pablo Villalobos: ‘Me repugnan los temas identitarios.’” Giardinetto Sessions, *La Vanguardia*, 5 abr. 2019, <https://www.lavanguardia.com/libros/20190405/461458802397/juan-pablo-villalobos-giardinetto-sessions.html>. Consultado el 20 sept. 2020.

Néspolo, Matías. “La trágica odisea de los niños centroamericanos a Estados Unidos.” *El Mundo*, 20 sept. 2018, <https://www.elmundo.es/cataluna/2018/09/20/5ba37e91e5fdea2c578b4622.html>. Consultado el 15 sept. 2020.

Peguero Isaac, Sorayda. “La opción de morir en el camino.” *El Espectador*, 4 oct. 2018, <https://www.elespectador.com/noticias/cultura/la-opcion-de-morir-en-el-camino/>. Consultado el 15 sept. 2020.

Villalobos, Juan Pablo. *The Other Side: Stories of Central American Teen Refugees Who Dream of Crossing the Border*. Traducido por Rosalind Harvey, Farrar Straus Giroux, 2019.

Ana Sagi-Vela González

Università degli Studi di Milano-Bicocca

ana.sagi-vela@unimib.it